

Mi Romance con Platero

Juan Pablo Martínez Rubio

* * *

Índice

	<u>Págs.</u>
Prologuillo	4
I. Platero	5
II. Paisaje grana	7
III. Alegría	8
IV. Mariposas blancas	10
V. La Primavera	11
VI. <i>¡Ángelus!</i>	13
VII. El Loco	15
VIII. La Flor del camino	17
IX. Ronsard	19
X. La Luna	20
XI. El Canario vuela	22
XII. Susto	24
XIII. La Púa	26
XIV. Juegos del anochecer	28
XV. Amistad	30
XV. La Novia	32
XVII. Escalofrío	34
XVIII. Ella y nosotros	35
XIX. La coz	36
XX. Asnografía	38
XXI. El Verano	40
XXII. Darbón	42
XXIII. La Arrulladora	44
XXIV. El Canto del grillo	45
XXV. Corpus	47
XXVI. La Cuadra	49
XXVII. El Perro sarnoso	51
XXVIII. Tormenta	53
XXIX. Pasan los patos	55
XXX. Última siesta	57
XXXI. La Tísica	59
XXXII. Paseo	61
XXXIII. Carnaval	63

XXXIV. El Pozo65
XXXV. Nocturno67
XXXVI. El Niño tonto69
XXXVII. Domingo71
XXXVIII. La Carretilla73
XXXIX. Retorno75
LX. El Pastor77
XLI. Convalecencia79
XLII. La Niña chica81
XLIII. El Otoño83
XLIV. Sarito84
XLV. Tarde de octubre86
XLVI. El Loro87
XLVII. Anochecer89
XLVIII. El Rocío90
XLIX. Gorriones92
L. Idilio de noviembre94
LI. El Canario se muere95
LII. Los Fuegos97
LIII. El Racimo olvidado99
LIV. Noche pura101
LV. El Alba102
LVI. Navidad104
LVII. El Invierno106
LVIII. Idilio de abril108
LIX. Libertad110
LX. La Muerte112
LXI. Nostalgia114
LXII. El Borriquete116
LXIII. Melancolía118
A Platero, en el cielo de Moguer120
A JRJ, en el cielo de todos los hombres121

Prologuillo

"...la alegría y la pena son gemelas,
cual las orejas de Platero..."
Prologuillo a Platero y yo.
Juan Ramón Jiménez.

Si JRJ estuviera entre nosotros y tuviera la ocurrencia de reescribir *Platero y yo* en clave de romance, tendría que hacer muy pocos cambios sobre su texto original, pues su Platero ya está plagado de octosílabos, ocultos en su prosa poética.

Pero JR ya no está para poder hacer ese juego. Por eso yo, echándole valor y atrevimiento, he prendido la llama en su lugar. Y lo hago consciente de no usurpar su puesto, sino de andar jugando a carnavales, vestido de leyenda.

JR fue un mito que no se puede igualar. Él creó todas las imágenes de *Platero y yo* que yo he, sólo levemente, transmutado para darles la forma de romance. Y me he sorprendido al ver las escasas modificaciones que he debido hacer para sacar a la luz el romance, cuya música ya latía en *Platero y yo*.

"*Mi Romance con Platero*" no es una obra nueva, es sólo una mirada sobre "*Platero y yo*" con otras pausas.

Espero no defraudar a los enamorados de Platero, que son muchos millones en el mundo, y también espero que JR me sonría desde el Paraíso.

J P M .

* * *

I. Platero

"...se diría todo de algodón,
que no lleva huesos.."
Platero y yo, I.
Juan Ramón Jiménez.

Platero es trotón y alegre,
suave, peludo y tierno,
y parece de algodón
dócil por fuera y por dentro,
y tan blando que parece
que no tuviera ni huesos.
Sólo son duros sus ojos,
como dos cristales negros
que semejan azabaches
brillantes como luceros.

Si lo suelto se va al prado
y haciendo mariposeo
acaricia florecillas
con su hocico aventurero.
Si dulcemente lo miro
y lo convoco: "¿Platero?"
viene hacia mí con un trote
como un cascabeleo.

Come cuanto yo le doy,
cuanto en mi mano le ofrezco;
le gustan las mandarinas
y también los higos tiernos
con su gotita de miel
y su morado pellejo.

Es mimoso como un niño,
y seco y fuerte por dentro;
cuando paseo sobre él
los domingos por el pueblo
los hombres del campo dicen
que "paese que tié asero".

Acero tiene en el alma
que es de plata al mismo tiempo.

* * *

II. Paisaje grana

"Platero,
granas de ocaso sus ojos negros..."
Platero y yo, II.
Juan Ramón Jiménez.

Subimos hasta la cumbre
buscando el ocaso amable
y lo encontramos sangrando,
herido por sus cristales.
El pinar enrojecido
pone cara de vinagre;
las yerbas y floreillas
embalsaman el instante
sereno de alguna esencia
luminosa y penetrante.

Yo me quedo embelesado
en el ocaso que arde
en los ojos de Platero
cuando comienza a cercarse
a una charca de aguas rosas
y violetas y granates;
hunde la boca en el agua
como en espejo insondable
y atraviesan su garganta
umbrías aguas de sangre.

El momento hace extraño
al conocido paraje,
y un palacio abandonado
semeja ser al instante.
Más allá de ella misma
se va alargando la tarde
contagiada de lo eterno
y de una paz inefable.

* * *

III. Alegría

"...Diana, la bella perra blanca
que se parece a la luna creciente..."

Platero y yo, III.
Juan Ramón Jiménez.

En claras tardes de otoño
Platero juega con Diana,
que no es la luna creciente
sino bella perra blanca;
juega también con los niños
y con una vieja cabra.

Diana, ágil y elegante,
delante del burro salta,
sonando su campanilla
y embistiéndole en la cara.

Platero pone de unta
sus orejas plateadas
como dos cuernos de pita
con los que repele a Diana,
haciendo rodar la perra
sobre la yerba compacta.

La cabra, junto a Platero,
va rozándose en sus patas,
mientras tira con sus dientes
de las puntas de la carga;
Con una flor en la boca
se pone al burro de cara
y le topa en el testuz
al tiempo que de él se escapa
mientras que, como mujer,
alegre y mimosa bala.

Entre los niños, Platero
es, de juguete, una alhaja,
y despacio se hace el tonto
para que ellos no caigan.

El aire puro de octubre

sube del valle a la plaza
los idílicos sonidos
de la alegre *vesperada*,
los ladridos y rebuznos,
los balidos de las cabras
y las risas de los niños
que completan al algarada.

* * *

IV. Mariposas blancas

" Vagas claridades malvas
y verdes perduran..."
Platero y yo, IV.
Juan Ramón Jiménez.

La noche cae pesada
y morada ya y brumosa,
y tras la iglesia se esconde
una claridad verdosa.
El camino va subiendo,
lleno de fragancia y sombras
entre canciones y yerba
y entre cansancio y zozobra.
De repente un hombre oscuro,
con un pincho y una gorra
y una cara más bien fea,
que la luz pinta de roja,
sale al camino y pregunta:

- ¿Ba argo en esas alforjas?

Y platero se amedrenta.

-Llevo blancas mariposas.

El hombre quiere clavar
su pincho contra la alforja;
yo la abro y él la mira
sin ver cosa sospechosa.

El alimento ideal,
amparado por las sombras,
pasa sin pagar tributo
en esta noche brumosa.

* * *

V. La Primavera

"La golondrina riza, caprichosa
su gorjeo en el pozo."
Platero y yo, V.
Juan Ramón Jiménez.

iAy, qué relumbres y olores!
iAy, cómo ríen los prados!
iAy, qué alboradas se oyen!
Romance popular.

En mi tibio duermevela
me enfada la chillería
de chiquillos en la calle
que mi descanso acribillan.
Enojado me levanto
y corro la cortinilla
para mirar hacia el campo
y encuentro con alegría
que son los inquietos pájaros
los que alborotan y chillan.

Salgo al huerto y canto a Dios
y le agradezco este día
fresco, azul y divertido
en el que hierve la vida.
iLibre concierto de picos
hilvanan la melodía!
La oropéndola de fuego
entre los chaparros trisca
y charla al mirlo que juega
con la naranja caída,
al tiempo que mira al cielo
y continuamente silba.
La golondrina gorjea
y, alegre, su vuelo riza;
el chamariz ríe y besa
del eucalipto la cima
y los gorriones discuten
en el pino, entre las piñas.

iCómo está hoy la mañana!

El sol pone la alegría,
sortilegio de oro y plata,
y cien mariposas vívidas
juguetean con las flores,
con la fuente y con la brisa.

Por doquiera el campo estalla
en hervidero de vida,
como en un panal de luz
o en una rosa encendida.

* * *

VI. ¡Ángelus!

"De las siete galerías del Paraíso
se creyera que tiran rosas a la tierra."

Platero y yo, VI.

Juan Ramón Jiménez.

Mira, Platero, las rosas
que caen a tu alrededor:
rosas azules y rojas,
rosas blancas, sin color.
Las rosas llenan mi frente
y mi cara de arrebol;
el cielo, deshecho en rosas,
nos alcanza en aluvión;
¿qué haré yo con tantas rosas
que son un vivo clamor?

¿Sabes tú de dónde viene
esta enorme profusión
que entornece al paisaje
y lo hace seductor
con tantas rosas y rosas
que fascinan de rubor?

Del Paraíso creyera
que nos llega este fulgor
que, como tibia nevada,
llena todo con su albor;
los árboles, los tejados...
es como una bendición
de gozo y delicadeza
que nos enviara Dios.

Mientras el *Ángelus* suena
se enciende nuestra pasión
y en susridores de gracia
va, Platero, nuestra voz
mansamente a las estrellas
como devota oración.
¿No ves, Platero, tus ojos

que inundados de fervor,
cuando los alzas al cielo
como bellas rosas son?

* * *

VII. El Loco

"...un extraño aspecto cabalgando
en la bandura gris de Platero."
Platero y yo, VII.
Juan Ramón Jiménez.

Con mi barba nazarena
y de riguroso luto,
con breve sombrero negro
un extraño aspecto luzco,
cabalgando en la blandura
gris y plata de mi rucio.

Cuando yendo hacia las viñas
las últimas calles cruzo
blancas de cal y de sol,
llegan los niños peludos,
los gitanos aceitosos
luciendo brazos osudos,
tensas barrigas tostadas
y harapos de claroscuros.
Corren detrás de nosotros
chillando con gran tumulto:

-¡Ahí va el loco! ¡El loco! ¡El brujo!

Delante está el campo verde
frente al cielo inmenso y puro
con un incendiado añil
que ofrece como tributo.

Muy lejos de mis oídos,
ven mis ojos el conjuro
de esa placidez sin nombre,
esa calma del efluvio,
serenidad armoniosa
que, cual mágico conjuro,
desciende del horizonte
sobre el lomo de mi burro.

Allá por las altas eras
quedan los gritos agudos,
jadeantes y aburridos,
de los gitanos intrusos
que no cesan de chillar:

-¡Ahí va el loco! ¡El loco! ¡El brujo!

* * *

VIII. La Flor del camino

"Pasan a su lado
 todos los tropeles..."
 Platero y yo, VIII.
 Juan Ramón Jiménez.

¿Has visto, Platero,
 qué Pura y qué bella
 la flor del camino?
 Todos hablan de ella:
 los toros, las cabras,
 los hombres, las yeguas.
 Y ella que parece
 tan débil y tierna,
 tan malva y tan fina,
 pero sigue enhiesta
 sin contaminarse
 de alguna impureza.

Cada vez, Platero,
 al tomar la cuesta
 tú la has visto siempre
 en su sitio atenta
 al frío o al viento,
 haga sol o llueva.
 Y bajo la lluvia
 de ella se llena
 como breve copa
 que caza una perla,
 y consiente el robo
 de la dulce abeja
 que en voluble vuelo
 busca su cosecha.

Vive pocos días
 junto a la vereda,
 pero su memoria
 puede ser eterna.
 Vive como un día
 de tu primavera.
 ¿Qué diera al otoño
 para que accediera,

Platero, a dejarla
junto a la vereda
como ejemplo firme
de nuestra vivencia?

* * *

IX. Ronsard

*"...au mois de mai la rose
en sa belle jeunesse..."*
Platero y yo, IX.
Juan Ramón Jiménez.

Platero ya sin cabestro
paciendo en el pradecillo
entre castas margaritas,
yo me he echado bajo un pino
y sacado de mi alforja,
en francés, un breve libro,
donde leo en alta voz
a la paz del mayo tibio:
"...sur la branche au mois de mai...";
las altas ramas del pino
se estremecen porque en ellas
salta y pía un pajarillo
que el sol hace ser de oro,
cual la cima de un suspiro,
y entre el vuelo y el gorgojo
se oye llegar el chasquido,
desde la copa del árbol,
de semillas en el pico;
es el pájaro que almuerza
venturoso y reflexivo.

De pronto avanza hacia mí
un espectro enorme y tibio,
se posa sobre mi hombro
y yo entonces adivino;
es Platero que, curioso,
se viene a leer conmigo:
"Quand l'aube ses pleurs au point..."
e interrumpir el pajarillo
con un gorgojo en falsete
y su almuerzo digerido;
Ronsard desde los infiernos
debe de haber sonreído.

X. La Luna

"...volvía a la cuadra,
lento y distraído..."
Platero y yo, X.
Juan Ramón Jiménez.

En el pozo del corral
Platero se solazaba
y acababa de beberse
dos buenos cubos de agua
salpimentada de estrellas,
después volvía a la cuadra
espacioso y distraído
y con la sed amansada.
Echado en el blanco quicio
yo en la puerta le aguardaba,
ante altos heliotropos
y arropado en su fragancia.

Dormía el campo lejano
sobre el techado de tablas
húmedo de las blancuras
que setiembre le engendraba,
y un fuerte aliento de pinos
desde el campo se acercaba.
Una nube negra, negra
sobre el monte desovaba
y puso un huevo de oro
en forma de luna clara.

Y yo le dije a la luna,
mirándole cara a cara:
"*...Ma sola ha questa luna...*"

Platero se la miraba
fijamente y sacudía
con suave gresca blanda
una oreja. la derecha;
luego, absorto, me miraba

y sacudía la otra
diciendo que le gustaba.

* * *

XI. El canario vuela

"...holgaba junto a los rosales
jugando con una mariposa..."

Platero y yo, XI.

Juan Ramón Jiménez.

No sé cómo ni por qué
un día voló el canario;
un viejo canario verde
al que yo no había soltado
por miedo de que muriera
de hambre y de desamparo
o de que por inexperto
se lo comieran los gatos.

Toda la mañana estuvo
en el huerto entre granados,
en el pino de la puerta
o por las lilas jugando,
también toda la mañana
los niños alucinados,
fueron siguiendo los vuelos
del pajarillo acechado.
Platero, libre, se holgaba
en los rosales jugando
con una mariposilla
que lo había enajenado.

Cuando la tarde vencía
vino el canario al tejado
y desde allí, sin ser visto,
volvió a quedarse enjaulado;
en la jaula apareció
sin saber cómo ni cuándo.

¡Qué alborozo en el jardín!
Los niños arrebolados
y rientes como auroras
saltaban, palmas tocando;
Diana, loca, los seguía
a su carillón ladrando.

Platero, igual que un chivillo
por la fiesta contagiado
giraba sobre sus patas
y poniéndose en las manos
bailaba como en un vals,
coceando al aire claro.

* * *

XII. Susto

"Soñaba la lámpara
su rosada lumbre tibia..."
Platero y yo, XII.
Juan Ramón Jiménez.

La comida de los niños,
y sobre el mantel de nieve
la lámpara derramaba
su esplendor amablemente;
los geranios colorados
junto a las manzanas verdes
esparcían la alegría
por las caras inocentes.
Las niñas por una parte
comían como mujeres
(aclárame Juan Ramón,
¿cómo comen las mujeres?)
y los niños discutían
como hombre incipientes.
Al fondo la joven madre,
rubia, bella y refulgente,
dando el pecho blanco al niño,
los miraba sonriente.
Por la ventana del huerto
la noche clara y celeste
temblaba severa y fría
con apostura inclemente.

Como huye un débil rayo
Blanca escapó de repente
a los brazos de la madre
y hubo un silencio solemne,
luego estrépito de sillas,
todas a un tiempo al moverse
y todos fueron corriendo
con alboroto evidente
a mirar por la ventana
espantados e inermes..

¡Era el tonto de Platero!

que, pegado como un duende
al cristal de la ventana,
contemplaba diligente
el comedor encendido
mientras tomaba el relente.
Su sombra, el cristal y el miedo
espantaron a la plebe.

* * *

XIII. La Púa

"...ha dejado la mano derecha
un poco levantada..."
Platero y yo, XIII.
Juan Ramón Jiménez.

Entrando por la dehesa
llamada de los Caballos
ha empezado a cojear
y yo al suelo me he echado...

-Pero, hombre, ¿qué te pasa?
Platero alza la mano,
la derecha por más señas,
y la deja levitando,
enseñando la ranilla
sin fuerza, como un pingajo,
tocando sólo el camino
con la puntilla del casco.

Con una gran diligencia
yo le he doblado la mano
viendo en su ranilla roja
una púa de naranjo
clavada como un puñal
largo, verde y afilado.
Por su dolor conmovido
de la púa he estirado,
y al arroyo de los lirios
amarillos lo he llevado
para que el agua le lama
y le mitigue el quebranto
con su larga lengua pura
y su poder casi mágico.

Luego seguimos los dos
hacia el mar celeste y plano,
yo voy abriendo camino
y él detrás, aún cojeando

y dándome suavemente
topadas como agasajo.

* * *

XIV. Juegos del anochecer

"...los niños pobres juegan a asustarse
finjiéndose mendigos."
Platero y yo, XIV.
Juan Ramón Jiménez.

Al atardecer entramos
Platero y yo atarecidos
por la oscuridad morada
de la calleja del río,
que es menos río que rambla
porque siempre va vacío.
Allí están los niños pobres
fingiendo que son mendigos;
uno dice que no ve,
otro se hace el tullido,
otro va de cojitranco...
y finjen pedir alivio.

Después en un brusco cambio,
puesto que hoy han comido,
se creen ser unos príncipes
por llevar puesto un vestido:
-Mi pare tié un reló.
-Una ejcopeta tié er mío.
-Pos er mío tié un cabayo
que trabaja en un cortijo.

Reloj para madrugar
y alargar el sacrificio;
escopera que no mata
el hambre, falta de tino
y caballo que no es
ni noble ni distinguido,
sino mulo peleón
que pertenece al cortijo
donde se deja la piel
el padre del pobre niño.

Una niña forastera
canta con un débil hilo:

- *Yo soy la viudiiiiitaaa...*

iCantad, soñad, pobres niños!
Al llegar la adolescencia
os despertará un aullido
porque vuestra primavera
será un invierno mendigo...

- Platero, vamos aprisa
que nos espera el panizo.

* * *

XV. Amistad

"Yo trato a Platero
cual si fuese un niño."
Platero y yo, XV.
Juan Ramón Jiménez.

Nos entendemos muy bien;
él me lleva donde quiero
y yo le dejo a su antojo
ir sin control y sin freno.

Platero sabe que yo
llegando al pino que anhele,
el pino de la Corona,
me gusta mirar al cielo
por entre su copa clara,
y mimar su tronco viejo;
me gusta la veredilla
que, entre céspedes y espliego,
va hasta la Fuente Vieja;
y observar el riachuelo
es como una gran fiesta
desde lo alto del cerro.
Cuando a veces me adormilo
encima de mi jumento,
mi despertar se abre siempre
a uno de esos sortilegios.

Yo lo trato como a un niño
y si el camino es tronero
me bajo para aliviarlo
en las cuestas de mi peso.
A veces lo hago rabiar,
lo engaño y luego lo beso,
y no me guarda rencor
porque sabe que lo quiero.
Es tan idéntico a mí
que sueña mis propios sueños.

Platero se me ha rendido
y me da todo su afecto

como moza apasionada
que responde a los requiebros.
Nunca protesta de nada
y sé que soy su contento;
hasta huye de los burros
y de otros hombres del pueblo.

* * *

XVI. La Novia

"Toda la tarde
es ya viento marino."
Platero y yo, XVI.
Juan Ramón Jiménez.

Por la cuesta roja sube
el claro viento del mar,
llega al prado del cabezo
y en él se pone a cantar
a las tiernas florecillas
impregnadas de humildad;
se enreda por los pinetes
que están aún sin limpiar
y mece a las telarañas
rosas de oro sin igual.
La tarde es viento marino
que vuela como alazán,
y al corazón, sol y viento
dan un blando bienestar.

Platero me lleva ágil,
subiendo como el bajar;
a lo lejos, allá abajo,
se ve una cinta de mar
que vibra y brilla incolora
por los claros del pinar.
Abajo en los prados verdes,
prendidos por el ronzal,
saltan los asnos trabados
en medio del matorral.

Vagando por las cañadas
va un delirio sensual,
que Platero capta al punto
y comienza a rebuznar;
desde otra colina gris
en la que la amada está,
le llegan otros rebuznos
que vienen a contestar.

Los instintos de Platero
los tengo que contrariar;
la bella novia del campo
muy triste lo ve pasar
y sus ojos de azabache
están llenos de piedad.

Platero retoza indócil
queriéndome reprochar
con ese trote menudo
por no ceder a su afán.

- Esto parece mentira
y aseguro que es verdad.

* * *

XVII. Escalofrío

"...pisa la luna
y la hace pedazos."
Platero y yo, XVII.
Juan Ramón Jiménez.

Grande, inocente y redonda
va con nosotros la luna;
en los prados soñolientos
se ven las cabras negrunas
comiendo en las zarzamoras
sin importarles las púas;
al pasar por nuestro lado
alguien, tácito, se oculta.
Sobre el vallado un almendro
niveo de flor y de luna
cobijando con su copa
el silencio de la ruta
y las estrellas de marzo
sobre nosotros pululan;
un olor de azahar fluye
por el cañón de la Brujas...

- ¡Platero, qué frío hace...!
Y él, trotando, lo conjura.

Entra al trote en el arroyo
y hace pedazos la luna
y hay un enjambre de rosas
de cristal por sus pezuñas
que lo quiere retener
y él, trotando, lo refuta.

Emprende al trote la cuesta,
encogiendo más la grupa
y sintiendo la tibieza
del pueblo que se vislumbra
y parece que se acerca
aunque no se alcanza nunca.

XVIII. Ella y nosotros

"...era el retrato de la ilusión
en el marco fugaz de la ventanilla."

Platero y yo, XVIII.
Juan Ramón Jiménez.

En aquel tren soleado
y negro que se perdía
sobre nubarrones blancos
huyendo por la alta vía,
Platero, escapaba ella,
¿hacia dónde huiría?

Yo estaba abajo, contigo
en la cebada amarilla
goteada de amapolas
a las que julio ponía
sobre su violenta sangre
coronita de ceniza.
Un tenue vapor celeste
- ¿te acuerdas - de nubecillas
que entristecían al sol
y el campo palidecía.

Pequeña cabeza rubia
velada en pena sombría;
retrato de una ilusión
en la fugaz ventanilla.

Puede ser que ella pensara
al vernos en esta guisa:
¿Quién será ese hombre enlutado
y ese borrico al que guía?

¡Quiénes habíamos de ser!
Tú y yo, Platero, en la dicha.

* * *

XIX. La Coz

"Platero, en un rincón
se impacientaba."
Platero y yo, XIX.
Juan Ramón Jiménez.

Cortijo Montemayor,
el patio era un alboroto,
íbamos al herradero
de los novillos, con gozo;
los caballos se aprestaban
con sus relinchos sonoros,
las mujeres se reían,
los perros ladraban locos.
Platero se impacientaba
y trotaba bullicioso.

- Pero, hombre, tú eres muy chico
y no vienes con nosotros.

Y él parecía entenderlo,
pero movía su morro
mostrando su desacuerdo,
mientras se arrimaba al Tonto
invitándole a subirse
para venir con nosotros.

Por las marismas risueñas
iqué cabalgar más gozoso!
con el sol en sus espejos
y el trote duro y redondo
de los caballos pujantes
con los hombres a sus lomos.
Platero alzaba su trote
para no quedarse solo,
agobiado por el peso
de su fiel amigo, el Tonto.
Como un tiro de pistola
resonó seco, de pronto;
Platero había rozado
la grupa de un potro tordo

y el potro le respondió
con una coz en el morro.
Yo le ví correr la sangre
y me acerqué presuroso
y con una crin y espinas
le prendí el vaso roto.

Que se lo llevara a casa,
le dije después al Tonto
y los dos se fueron tristes
a lo largo del arroyo.

Luego, de vuelta al cortijo,
lo encontré mustio y penoso.
- ¿Ves -le sussurré al oído -
lo cruel y doloroso
que es el trato con los hombres
cuando llevan a sus potros?

* * *

XX. Asnografía

"...me mira fijamente
con sus ojazos lucientes..."
Platero y yo, XX.
Juan Ramón Jiménez.

Asnografía es un nombre
del que dice un Diccionario:
*"Se dice, irónicamente,
por descripción de los asnos"*

¡Pobre Platero, tan bueno
como eres y tan sabio!
Irónicamente... dicen
de ti sólo por ser asno.
Ni una descripción en serio
mereces; igual que a un trasto
que ya es viejo e inservible
te describe el Diccionario.
¡Si al hombre que es un buen hombre
debieran decirle asno!
¡Si debieran llamar hombre
al asno que es un mal asno!
Irónicamente, dicen...
De ti, amigo preclaro
del sol, del viejo, del niño,
la flor, la luna y el gallo;
y que debieran llamarte
Marco Aurelio de los prados...

Platero, que me comprende,
me mira con sus ojazos
lucientes, de blanda pena,
por un sol tornasolado
en un cielo verdinegro
que reluce chispeando.
¡Si su cabezota negra
conociera lo que tramo
sabría que soy mejor
que los que hacen Diccionarios,
casi tan bueno como él,

y a veces menos sensato!

Al margen del libro escribo:
En sentido figurado,
Asnografía podría
- con ironía, ¡está claro! -
ser descripción de hombre imbécil
que escribe los Diccionarios.

* * *

XXI. El Verano

"y una calina que asfixia
enyesa los pinos chatos"

Platero y yo, XXI.

Juan Ramón Jiménez.

Los tábanos y Platero
no son buenos camaradas
y él va chorreando sangre
mártir, espesa y morada;
en la distancia cansina
sierra un pino la chicharra;
tras un sueño de un instante
la arena se torna blanca,
fría en su ardor, como fósil
en un paisaje fantasma.

Están los jarales bajos
plagados de flores vagas;
son grandes rosas de humo,
de papel de seda, gasa,
y lágrimas de carmín;
la calina agazapada
enyesa los pinos chatos
por debajo de las ramas.
Un pájaro nunca visto
amarillo todo él
con lunares en las alas,
se eterniza mudo y quieto
en lo alto de una rama.

En los huertos todo el día
suenan el latón los guardas
para ahuyentar los rabúos
que vienen por las naranjas.
A la sombra del nogal
parto dos sandías grana
que con un crujido fresco
nos muestran su roja escarcha.
Dan las vísperas del pueblo
mientras yo como con calma

el carmín de mi sandía
y Platero, tragaldabas,
bebe la carne de azúcar
igual que si fuese agua.

* * *

XXII. Darbón

"Cuenta. según él,
tres duros de edad."
Platero y yo, XXII .
Juan Ramón Jiménez.

El médico de Platero,
Darbón, pesa once arrobas;
tiene tres duros de edad
según dice y corrobora;
es grande como el buey Pío
y tiene la cara roja
lo mismo que una sandía
cuando acaba de ser rota.

Como a los pianos viejos
al hablar le faltan notas,
y cuando está sofocado
más que hablar sopla y resopla.
Estos gestos acompaña
inclinando su persona,
o dando de manotadas
con vacilaciones chochas
y quejunbres de garganta
que sobre el pabello arroja.

No tiene muelas ni dientes
y casi sólo devora
migajones de pan blanco
que, convertidos en bola
amasados con la mano,
mueren en su boca roja;
los masca con las encías
y los revuelve una hora
mientras llega a la nariz
su barba que es casi trompa.

A pesar de ser tan grande
es tierno como una novia
y cuando ve un pajarillo
abriendo toda la boca

ríe largo y sostenido
y con una risa loca
que siempre termina en llanto,
porque nunca se controla
cuando mira añ cementerio
diciendo con voz penosa:
- Mi niña, mi pobre niña...
Y su dolor lo sofoca.

* * *

XXIII. La Arrulladora

A M^a Pilar,
que vive de sus arrullos.

"La chiquilla del carbonero,
bonita y sucia cual una moneda..."
Platero y yo, XXIII .
Juan Ramón Jiménez.

La hija del carbonero
parece una perragorda
bonita, sucia y luciente
a la puerta de la choza,
bruñidos los ojos negros
y con la tizne en la boca
deja ver sus labios prietos
mientras le canta una copla
al hermanito que duerme
santada sobre una losa.

Clara como un sol por dentro
ardiente vibra la hora
de mayo. En la paz brillante
se oye el hervor de la olla
que está cociendo en el campo
la brama de la redonda;
el gozo del viento sur
en los eucaliptos boga.

La carbonerita canta
y el viento escucha en las copas:

*"Mi niiiño se va a dormíí
en graaasia de la Pajtoraaa...
Y por dooormirse mi niñooo,
se duerme la arruyadoraaa..."*

El viento... Platero, es manso
entre los pinos sin fronda;
va llegando poco a poco,
se acuesta en la tierra fosca,
y se duerme como un niño
con el canto de la copla.

* * *

XXIV. El Canto del grillo

"...es cual la voz de la sombra.
No vacila ya, ni calla."
Platero y yo, XXIV .
Juan Ramón Jiménez.

En correrías nocturnas
Platero y yo percibimos
las distintas expresiones
que tiene el canto del grillo.

Al ocaso es vacilante
el primer canto del grillo
y después muda de tono
aprendiendo de sí mismo;
poco a poco va subiendo
y poniéndose en su sitio
como si fuese buscando
la armonía con el ciclo.
Cuando brillan las estrellas
canta con todo su brío
con un dulzor melodioso
y de cascabel el ritmo.

Las brisas moradas vagan
por las flores de zafiro
y como voz de la sombra
se exalta el canto del grillo;
ni vacila ni se calla
y sacando de sí mismo
en tropel notas gemelas
pasa su tiempo tranquilo.

Mirando al cielo en sus sueños
duerme el labrador pacífico,
el amor en una tapia
busca los ojos queridos;
susurrando al viento ondean,
verdes de luna, los trigos;
y el canto del grillo en tanto
en el aire se ha perdido.

Cuando por la madrugada,
corridos de escalofríos,
volvemos Platero y yo
por las sendas de narcisos,
está cayendo la luna
en un soñoliento olvido
y el canto ya está borracho
de estrellas y de suspiros.
Unas nubes luctuosas
con bordes de un malva frío
sacan el día de la mar
y queda en silencio el grillo.

* * *

XXV. Corpus

"y el rebuzno se le endulza,
altivo, y, rastrero, se le diviniza..."

Platero y yo, XXV .
Juan Ramón Jiménez.

Por la calle de la fuente
toda recién encalada
volvemos al pueblo lleno
de cohetes y campanas.

La calle verdea toda
ribeteada de almagra,
puesta de chopos y juncias
y colchas en las ventanas
de granates y amarillos,
celestes o luna cándida.
Con la Cruz de los espejos
entre velas inflamadas
asoma la procesión
desde las últimas casas.
Tras la bandera carmín
San Roque despacio pasa
cargado de roscas tiernas;
después la bandera glauca
y Sal Telmo entre marinos
con su navío de plata;
luego viene San Isidro
tras una bandera gualda,
con su yuntita de bueyes;
detrás todavía pasan
más Santos y más banderas,
después viene Santa Ana
con la Virgen niña en brazos,
y con su florida rama
San José de color pardo,
y de azul, la Inmaculada.
Entre la Guardia Civil
viene la Custodia ornada
de calada platería
y uvas y espigas granadas

entre una nube de incienso
que al cielo con salmos llama.

En la torre de la iglesia
tejen sus altas guirnaldas
con devoción las palomas,
y el sol riela en la plaza.

En un hueco de silencio
Platero rebuzna y trata
de asociarse con la música,
el tañer de la campana,
con el latín y el cohete
que engalanan la mañana.
Y el rebuzno se le endulza
como divina palabra.

* * *

XXVI. La Cuadra

"...enciende un gran lunar de oro
 en la plata de su lomo."
 Platero y yo, XXVI.
 Juan Ramón Jiménez.

Cuando al mediodía voy
 a verle a la corraleta
 un rayo de sol moreno
 le calienta las orejas
 y enciende un lunar de oro
 sobre su lomo, cual gema;
 por el suelo verde oscuro
 bajo su barriga tersa
 el techo del viejo establo
 llueve diáfanas monedas.

Diana que andaba tumbada
 viene hacia mí zalamera
 queriendo lamer mi boca
 con su sonrosada lengua;
 desde encima del pesebre
 la cabra mira indiscreta
 con distinción femenina,
 y doblando la cabeza
 para un lado y para el otro
 como una mujer coqueta.
 Platero me saludó
 levantando las orejas
 y me ofreció su rebuzno
 queriendo romper la cuerda.

Por el tragaluz me voy
 y me escapo de esta fiesta;
 luego miro a la campiña
 subiendo sobre una piedra.

El paisaje verde nada
 en la lumbrarada fresca,

y en el limpio azul que encuadra
la muralla en decadencia,
una lejana campana,
dejada y dulce, resuena.

* * *

XXVII. El Perro sarnoso

"Abatidos por el viento del mar,
los eucaliptos lloraban..."
Platero y yo, XXVII.
Juan Ramón Jiménez.

A veces, flaco y ansioso,
venía al hogar del huerto.
El pobre iba siempre huido,
a gritos y a palos hecho.
Le enseñaban los colmillos
incluso los mismos perros.
Con el sol del mediodía
se marchaba triste y lento.

Aquella tarde llegó
de Diana el paso siguiendo
y el guarda le disparó
sin darme siquiera tiempo
de evitar esa torpeza
contra el desgraciado perro.
Con el tiro en las entrañas
giró veloz un momento
y con un aullido agudo
quedó sobre el suelo muerto.

Con las orejas erguidas,
Platero miraba al perro;
Diana, temerosa, andaba
buscando un escondedero;
el guarda, quizá contrito,
mostraba remordimiento
dando justificaciones
a su fatal desacierto.
El sol se vistió de luto
cubriéndose con un velo
y otro velo pequeñito
nubló los ojos del perro.

Los eucaliptos lloraban
abatidos por el viento,

camino de la tormenta
que del mar iba viniendo;
la siesta al campo tendía
un aplastante silencio,
y a la sombra de la acacia
aún sangraba el perro muerto;
su alma descarriada
por la soledad y el miedo
sobre la acacia trinaba
por el pico de un jilguero.

* * *

XXVIII. Tormenta

A todos los muertos de Madrid.
A mi hija, que se quedó
a diez minutos del infierno.

"Todo lo débil-flores y pájaros-
desaparece de la vida."
Platero y yo, XXVIII.
Juan Ramón Jiménez.

Miedo. Aliento contenido.
El terrible cielo bajo
ahoga el amanecer
con un sudor congelado.
(Hoy no hay por donde escapar)
Silencio... El amor parado.
Se nubla el remordimiento.
Silencio... Tiembla el pecado.

El trueno, sordo, retumba
interminable, nefando,
como bostezo perpetuo
o como enorme peñasco
que sobre el pueblo cayera
aplastando los terrados.
(No hay por dónde huir)
desaparece lo flaco
de la vida de la aldea,
se esconden flores y pájaros.

Por la ventana entreabierta,
tímido, mira el espanto
a Dios que con la tragedia
va su rostro iluminando.
Entre nubes desgarradas
hacia el Este se ven nardos,
malvas, jacintos, rosales
y lirios desconsolados
por no vencer la negrura
que arrasa y aplasta el prado.
En el coche de las seis
llega el cochero cantando

por la esquina, en un diluvio,
para sofocar su espanto.

Entre el tronido solloza
un *Ángelus* solitario
que, para matar su miedo,
suena queriendo dar ánimo.
Y se va de un lado a otro,
y se llora, sin recato...

(No hay por dónde escapar).
Con el corazón helado
por todas partes los niños
llaman y lloran turbados.

- ¿Y qué será de Platero
tan solo y abandonado
sin poder pedir ayuda
en el silencioso establo?

* * *

XXIX. Pasan los patos

"Horas y horas
 los silbidos seguirán pasando."
 Platero y yo, XXIX.
 Juan Ramón Jiménez.

En la noche serena
 a darle agua he ido
 al corral silencioso
 en que duerme el borrico.

Mientras él bebe el agua
 yo observo reflexivo
 todas las nubes vagas
 y de estrellas el brillo;
 por el corral en calma
 pasan claros silbidos.

Son los patos, los patos,
 que siguen su camino;
 van tierra adentro huyendo
 del temporal marino.
 De vez en cuando el viento
 nos trae los ruidos
 más leves de sus alas
 o el chocar de sus picos,
 como cuando en el campo
 trae el viento el latido
 de la clara palabra
 de alguien que se ha ido.

Horas y horas siguen
 llegando los silbidos
 de las aves que huyen
 en perpetuo bullicio.

De vez en vez Platero,
 como cualquier pollino,
 levanta la cabeza
 y mira con alivio
 las estrellas del cielo

igual que yo las miro,
con un blando consuelo
y un pesar infinito...

* * *

XXX. Última siesta

"Parece que me mecieran
suavemente en una cuna..."

Platero y yo, XXX.

Juan Ramón Jiménez.

Amarilla y pálida,
iqué triste belleza
la del sol de tarde
después de la siesta
cuando me despierto
debajo la higuera!

De jara espumosa
una brisa seca
me acaricia el rostro
diciendo: ¡Despierta!
Las enormes hojas
de la vieja higuera
a veces me enlutan
y a veces me ciegan,
cual si en una cuna
blanda me mecieran
de la sombra al sol
y luego a la inversa.

El pueblo desierto
sus campanas suena
en el aire diáfano,
y Platero oyéndolas
inmóvil me mira
con ojos de seda
que una mosca verde
acosa perversa.

Sus ojos cansados
los míos avezan
y cual mariposa
que volar quisiera

con alas plegadas,
tras la última siesta
se aflojan mis párpados,
mis ojos se cierran...

* * *

XXXI. La Tísica

A Juliana Mediavilla,
maestra del romance.

"...blanca la cara y mate,
cual un nardo ajado..."
Platero y yo, XXXI.
Juan Ramón Jiménez.

En el centro de la alcoba
la niña tísica estaba
sentada en la triste silla
con la cara mate y blanca
igual que un ajado nardo
en una tapia encalada.
El médico le había dicho
que el sol de Mayo tomara,
mas la pobre no podía
por ser fría la mañana.

- Cada vez que yego ar puente
me quedo desangelada;
ya lo v'usté, zeñorito
en esta cara tan pálida,
qu'estando tan cerca er puente
ya m'encuentro muy cansada.

La voz pueril de la niña
caía rota y delgada
como se cae la brisa
cuando llega la mañana
en los albores de Mayo
o en las tardes estiadas.

Que le diera un paseíto
yo a Platero le rogaba;
ella subía en Platero
y reía a carcajadas
viendo su cara de muerta
en la acequia reflejada.

Se asomaban las mujeres

a las puertas de sus casas
a vernos pasar despacio,
pues Platero adivinaba
que un lirio de cristal fino
como carga transportaba.
La niña llevaba un hábito
cándido lazado en grana
y en su rostro relucía
con la fiebre la esperanza;
iba como un ángel blanco
con la tisis en sus alas,
camino del cielo sur
y el alma transfigurada.

* * *

XXXII. Paseo

"Por los hondos caminos del estío,
colgados de tiernas madre selvas."

Platero y yo, XXXII.

Juan Ramón Jiménez.

Por los profundos caminos,
de madre selva y espliego
al estío paseamos
entre dulzura y sosiego.
Yo leo o canto coplillas
o digo versos al cielo;
Platero muerde la yerba
junto a los sombríos setos,
la flor rosa de las malvas
es bocado predilecto;
más que andando está parado
la mayor parte del tiempo,
y como no tengo prisa
yo me acomodo y lo deajo.

El cielo es azul, azul,
e incita mi arrobamiento;
y hasta sus últimas glorias
sube sobre los almendros
cargados por estos días
con almendras y con sueños.
Todo el campo silencioso
brilla ardiente y altanero,
y una velita en el río
se eterniza sin el viento;
en el monte hay nubes negras
y compactas de un incendio.

En medio de tanta vida
nuestro camino es pequeño
en un día tan suave,
tan manso, tan indefenso.
¡Ni el mar a que corre el río,
ni la apoteosis del cielo,
ni siquiera la tragedia

del monte sumido en fuego!

Cuando entre olor a naranjas
se oye de la noria el hierro,
Platero rebuzna y trota
tras el líquido elemento.
¡Qué simple placer diario!
Cuando de la alberca lleno
mi vaso de nieve líquida
y de un tirón me lo bebo.
Platero sume su boca
en aquel remanso fresco,
probando aquí y allá,
y bebotea avariento.

* * *

XXXIII. Carnaval

"...han cogido a Platero
 en medio de un corro bullanguero..."
 Platero y yo, XXXIII.
 Juan Ramón Jiménez.

Es lunes de Carnaval;
 los niños se han disfrazado
 de payasos, de toreros
 y de fastuosos majos.
 ¡Qué guapo está hoy Platero!
 Le han puesto, todo bordado,
 el aparejo moruno,
 de arabescos recargado,
 amarillos, verdes, rojos
 y blancos inmaculados.

Agua, sol y viento frío.
 Papelillos van rodando
 arrastrados por el viento
 del atardecer helado;
 las máscaras, ateridas,
 van escondiendo las manos.

En la plaza unas mujeres
 se han vestido de lunáticos
 con largas camisas blancas
 y el cabello coronado
 con guirnaldas de hojas verdes;
 van cogidas de la mano
 girando en torno a Platero
 en un corro que han formado.

Platero alza las orejas
 como un alacrán cercado
 por el fuego traicionero;
 intenta huir irritado,
 pero como es tan pequeño
 no logra ser respetado,
 y las locas se le burlan
 y continúan girando

alrededor de Platero
con sus risas y sus cantos.
Los chiquillos que lo ven
rebuznan para animarlo;
la plaza es toda un concierto
de metales y de cantos,
de risas y panderetas,
de rebuznos y de aplausos.

Por fin Platero decide
escapar de este marasmo
y rompe el corro en un trote
y viene hacia mí llorando
con su lujoso aparejo
caído y medio arrastrando.
Lo mismo que yo no quiere
nada de festejos vanos;
no servimos para esto
y decidimos marcharnos...

* * *

XXXIV. El Pozo

"¡qué palabra tan honda,
tan verdinegra..."
Platero y yo, XXXIV.
Juan Ramón Jiménez.

¡El pozo, Platero, el pozo!
¡qué palabra tan sonora,
tan verdinegra y tan fresca,
tan profunda y tan recóndita!
Parece que es la palabra
la que, girando, perfora
la tierra oscura hasta el fondo
donde el agua fría posa.

Mira, Platero, la higuera
que ronda el brocal y adorna.
Dentro ya, entre los ladrillos
una flor azul se toca;
más abajo tiene el nido
una golondrina fosca;
luego, un palacio esmeralda
tras un pórtico de sombra,
y un lago que duerme quieto
y al tirarle cualquier cosa
se enfada y gruñe molesto.
Y al final el cielo asoma.

(La noche entra y la luna
se inflama abajo en la sombra,
con aureola de estrellas.
¡Silencio! La vida toda
se ha ido por los caminos;
y el alma hacia el fondo torna;
al otro lado de él
se ve al ocaso la aurora
y el gigante de la noche
quiere salir por su boca.
Laberinto quieto mágico,
gruta umbría y olorosa
dulce jardín encantado

en el alma de la roca).

- Platero, si alguna vez
ves que me echo por su boca
será por coger estrellas
no por dañar mi persona.

Platero, que está sediento,
rebuzna y mueve la cola;
del pozo sale asustada
una golondrina hosca.

* * *

XXXV. Nocturno

"..la luna caída, amarilla y soñolienta,
se pone, solitaria, sobre el río."
Platero y yo, XXXV.
Juan Ramón Jiménez.

Rojamente iluminado
el pueblo en fiesta fulgura;
agrios nostálgicos vales
llegan con la brisa pura.
La torre se ve, cerrada,
apagada, muda y dura
en un azulado limbo
que de pajizo se inunda;
y allá por el arrabal
tras las bodegas oscuras,
amarilla y soñolienta
está caída la luna
y se pone, solitaria,
sobre el río que la acuna.

El campo se queda solo
con árboles y penumbras;
un canto roto de grillo
y un sueño de aguas ocultas
como de estrellas deshechas
en la blandura susurran;
Platero en la tibia cuadra
con desconsuelo rebuzna.

La cabra andará despierta;
su campanilla simula
al principio agitación
y luego blanda dulzura;
al fin calla... y a lo lejos
asno tras asno rebuznan;
luego por el vallejuelo
un perro ladrar se escucha.

Llega la nocha tan clara
que como el día relumbra

y las flores del jardín
como con el sol perfuman.
En la calle de la Fuente,
por la farola purpúrea
pasa un hombre solitario
y tras la esquina se oculta.
¿Yo? No; yo en profunda calma
en la celeste penumbra
que hacen las lilas, la brisa
y la sombra de la luna,
escucho mi corazón...

Y la esfera gira en fuga.

* * *

XXXVI. El Niño tonto

"...niño alegre él
y triste de ver..."
Platero y yo, XXXVI.
Juan Ramón Jiménez.

Por la calle San José
cuando volvíamos nosotros
a la puerta de su casa
siempre estaba el niño tonto,
sentado en una sillita,
mirando pasar los otros.
Era uno de esos niños
que viven sin el tesoro
de la palabra y la gracia;
siempre contento y gozoso,
pero muy triste de ver
con esa cara de bobo;
para los demás no es nada
y para su madre todo.

Un día en su calle blanca
se paseó un viento hosco,
y ya no ví más al niño,
y en su puerta había sólo
un pájaro que cantaba
su soledad y abandono;
y yo me acordé de Curros,
que cuando perdió el retoño,
y más padre que poeta,
cantaba triste y lloroso
pidiendo a la mariposa
noticias de su tesoro:

"Volvoreta d'aliñas douradas.."

Y aquel no volvió tampoco.

Ahora con la primavera
yo pienso en el niño tonto
que un día se fue a los cielos

en brazos de un viento hosco;
allí estará en su sillita
viendo con sus grandes ojos
llenos de asombroso pasmo
el pasar de los gloriosos.

* * *

XXXVII. Domingo

"Las avispas orinegras
vuelan en torno de la parra..."
Platero y yo, XXXVII.
Juan Ramón Jiménez.

Cercana ya, ya distante,
la clara vocinglería
de la esquila que voltea
resuena con alegría
en la mañana de fiesta
con la brisa cristalina.
El campo ya un poco enfermo
se dora más todavía
con el alegre revuelo
y con las notas caídas.

Todos se han marchado al pueblo
para ver la comitiva;
nos hemos quedado solos
en amor y compañía
Platero y yo. ¡Qué pureza!
¡Qué placer y qué delicia!
Dejo a Platero en el prado
y yo me echo en la umbría
de un pino lleno de pájaros
a beberme la poesía
del árabe Omar Khayam,
que desborda fantasía.

En el silencio que queda
entre dos toques de esquila
cobra presencia y sonido
la algarabía matutina.
En torno a la parra vuelan
las orinegras avispas
detrás de las dulces perlas
de la moscatel sortija,
y las mariposas vuelan
con las flores confundidas.
Cual pensamiento de luz

es la soledad querida.

De vez en cuando no leo,
miro a Platero y él mira...

* * *

XXXVIII. La Carretilla

"Una niña, rota y sucia,
 lloraba sobre una rueda..."
 Platero y yo, XXXVIII.
 Juan Ramón Jiménez.

Una vieja carretilla
 encontramos atascada
 en el arroyo espacioso
 perdida bajo su carga
 de forraje de la huerta,
 y de yerbas y naranjas.
 Una niña rota y sucia
 sobre una rueda lloraba
 por no poder ayudar
 con su energía algo escasa
 al pequeño borricuelo
 de figura enclenque y flaca
 que, al grito de la chiquilla,
 contra el viento se esforzaba
 por arrancar la carreta
 del fango que la atrapaba.
 Era en vano su coraje,
 como el de brisa cansada
 que en el verano se cae
 entre flores desmayada.

Acaricié a Platero
 pidiéndole que ayudara
 y lo enganché como pude
 a la carreta atascada;
 con un cariñoso imperio
 le obligué a que se esforzara
 y él, de un tirón de riñones,
 sacó carreta y reata
 y les subió por la cuesta
 poniendo toda su rabia.

¡Qué risa la de la niña
 en la tarde ya quebrada!
 Fue como si el sol quisiera,

al irse entre nubes de agua,
encenderle una aurora
sobre su cara tiznada
y en amarillos cristales
transformar todas sus lágrimas.

Con su llorosa alegría
me convidó a dos naranjas
pesadas, finas, redondas,
y no quise desairarla.
Una la ofrecí al burrillo
que tenía tan débil facha
y otra se la dí a Platero
como premio por su hombrada.

* * *

XXXIX. Retorno

"Veníamos los dos,
cargados de los montes."
Platero y yo, XXXIX.
Juan Ramón Jiménez.

Veníamos los dos solos
con la hora ya tardía
cargados desde los montes
y repletos de fatiga;
yo cargado con los lirios
de las flores amarillas,
Platero de almoraduj (1).

La tarde de abril caía;
todo el poniente de oro
en plata se convertía,
azucenas de cristal
como en una alegoría;
luego el cielo, cual zafiro,
esmeralda se volvía.
Yo venía triste a casa
sin saber por qué sería.

Desde la cuesta veíamos
la torre del pueblo, y vista
a esa mediana distancia
la Giralda parecía;
mi nostalgia de ciudades
en primavera crecía
y un consuelo melancólico
entraba por mis pupilas...

Retorno...¿Adónde? ¿De qué?
Los lirios que yo traía
olían más penetrantes
al entrar la noche tibia,
y el olor era difuso
pues la flor no se veía;
era una flor de olor solo
que en la sombra vespertina

embriagaba alma y cuerpo.

- ¡Lirio en la sombra, alma mía! -
dije y pensé de pronto
en Platero, que aunque iba
debajo de mí, olvidado
por completo lo tenía,
como si fuera mi cuerpo
o el alma que lo ilumina.

* * *

XL. El Pastor

"...y el suelo florido
parece ahora de ensueño..."
Platero y yo, XL.
Juan Ramón Jiménez.

La hora morada torna
fosco y medroso el castillo
en que el pastor va sonando
en el verde ocaso, el pito.
Enredadas en las flores
tintinean con regocijo
paradas, claras y dulces,
en rel sitio conocido
las esquilas del rebaño
estando el pueblo contiguo.

- Ayn, zeñorito, por Dió,
zi eze gurro juera mío...

El chiquillo, más moreno
a esta hora y más idílico,
con sus ojos fulgurantes
parecía un mendiguillo
de los cuadros de un pintor
que supiera darle brillo.

Yo le entregaría al burro,
mas ¿qué haría, amigo mío,
yo sin ti, dulce Platero?.

Sobre la ermita ha subido,
redonda y grande, la luna
y se vierte en un prodigio
sobre el prado donde aún yerra
algún resplandor furtivo
que ahora parece un ensueño
sobre el verde florecido;
las rocas se muestran tristes
y en el regato escondido
llora más desconsolada

el agua que se ha perdido.

Ya a lo lejos, ambicioso,
va gritando el pastorcillo:
- ¡Ayn, zeñorito, por Dió,
zi eze gurro juera mío...

* * *

XLI. Convalecencia

"...cantan, con cristal y plata,
coplas de Navidad..."

Platero y yo, XLI.

Juan Ramón Jiménez.

Desde la claridad débil
y amarilla de mi cuarto,
blando yo y convaleciente
y él, de alfombras también blando,
oigo pasar en la noche
rasgando el dulce letargo,
niños que juegan y gritan,
burros que vuelven del campo
bajo el relente de estrellas
como en un sueño quebrado.

Se adivinan en las sombras
las cabezas de los asnos,
y las finas cabecitas
de los niños jaleando
y cantando, entre rebuznos,
villancicos y otros cánticos
que plata y cristal parecen,
Navidades pregonando.
El pueblo se siente envuelto
en efluvios emanados
de las castañas asadas,
del vaho de los establos
y del aliento que irradian
los hogares caldeados.

Y mi alma se derrama
en dulcísimo desmayo,
cual raudal de aguas celestes
que nacieran al amparo
de peñas en la floresta
o corazón sombreado.
¡Ocaso de redenciones!
Clima frío, a un tiempo grato
y lleno de claridades

en anochecer opaco.

Las campanas allá arriba,
con las estrellas cantando;
Platero también rebuzna
en su cuadra, contagiado
de un cielo que está tan cerca
que se toca con la mano.
Yo lloro débil y solo,
conmovido como Fausto...

* * *

XLII. La Niña chica

"...saltaba igual que un niño
y rebuznaba loco."
Platero y yo, XLII.
Juan Ramón Jiménez.

La gloria de Platero
era la niña chica;
cuando venía hacia él
entre las lilas lilas
con su sombrero blanco
y sus amplia sonrisa.
- ¡Platero Plateriillo! -
dengosa le decía -
y el asnillo saltaba
herido de alegría
y rebuznaba loco
corriendo hacia la niña.

Ella iba bajo él,
dándole pataditas
y dejando la mano
junto a su boca tibia
almenada de dientes
en rosadas encías.
Él ponía a su alcance
sus orejas rendidas
y ella se las tomaba
y mimosa decía:
¡Platero! ¡Platerillo!
y cambiando insistía:
¡Platerón! ¡Plateretel...
y Platero asentía.

*

Río abajo hacia la muerte
en su cuna iba la niña;
nadie pensaba en Platero
y ella triste repetía:
¡Plateriillo! ¡Plateriillo!...
y a veces también se oía

la llamada del amigo
desde la casa sombría.
¡Oh melancólico estío
con la muerte tan vecina!

Y la tarde del entierro
iqué triste melancolía!
Setiembre de rosa y oro,
como ahora, se moría
y la campana sonaba
pregonando la agonía;
ella se iba a la gloria
y Platero lo intuía.
Yo volví triste y cansado
con la pena en mis pupilas
y me entré por el corral
como alma oscura y huidiza,
y en la cuadra me senté
con la tarde ya caída
a meditar con Platero
en la farsa de la vida.

* * *

XLIII. El Otoño

"Es verdad que está desnudo
y que hace fresco."
Platero y yo, XLIII.
Juan Ramón Jiménez.

Ya el sol, amigo Platero,
empieza a sentir pereza
para salir de sus sábanas
y mostrar toda su fuerza,
los labradores madrugan
mientras él se despereza;
es verdad que está desnudo
y está la mañana fresca.

¡Cómo sopla hoy el Norte!
Mira las ramas por tierra,
que arrastradas por el viento
están todas paralelas
apuntadas hacia el Sur
porque el Norte se las lleva.

Va el arado a la labor
como tosca arma de guerra;
los árboles amarillos
alumbran la húmeda senda,
seguros de verdecer,
vivamente como hogueras,
mientras nosotros. Platero,
seguimos nuestra vereda.

* * *

XLIV. Sarito

"...acariciaba a Platero,
que andaba por allí comiendo uva..."

Platero y yo, XLIV.

Juan Ramón Jiménez.

En la viña del arroyo
y estando la tarde grana
me dijeron las mujeres
que un negrito me buscaba.

Yo iba ya hacia la era
cuando él de ella bajaba.
- ¡Sarito! - grité yo al verle.

Sarito era ordenanza
de Rosalina, mi novia
portorriqueña y galana.
Escapado de Sevilla
andaba buscando plaza
donde poder torear;
con el capote a la espalda
andaba de pueblo en pueblo,
ahora de Niebla llegaba
sin dinero y sin comer
y el hambre lo maltrataba.

Los vendimiadores ásperos
de reajo lo acechaban
con encubierto desprecio;
las mujeres lo evitaban
por los hombres, no por ellas,
que tal vez lo deseaban.

Al pasar por el lagar
ya sostuvo una batalla
con un muchacho del pueblo
que le dio en la oreja caza
y la partió de un mordisco,
sin él intentar venganza.

Yo siempre le sonreía

y afablemente le hablaba.
Sarito lo agradecía,
se veía en su mirada,
y por no hacerlo conmigo
a Platero acariciaba.
El rocín comía uvas
en tanto que me miraba...

* * *

XLV. Tarde de octubre

"Platero, aburrido como yo,
no sabe qué hacer."
Platero y yo, XLV.
Juan Ramón Jiménez.

Tornan hojas amarillas,
las vacaciones se han ido,
los niños van al colegio.
Soledad. Paz y mutismo.
El sol, con hojas caídas,
parece también vacío.
En la ilusión sueñan risas
y llegan remotos gritos...

Sobre el rosal aún en flor,
lenta, la tarde ha caído.
Las lumbreras del ocaso
prenden los últimos lirios,
y el jardín, como una llama
de fragancia se ha encendido,
y huele a rosas quemadas
y a silencio y a sigilo.

Platero sin hacer nada
anda, como yo, aburrido.
Poco a poco viene a mí
pisando en seco el ladrillo
y siguiendo mis pisadas
se entra en la casa conmigo.

* * *

XLVI. El Loro

"De Huelva llegaba un olor
a marisma, a brea, a pescado..."

Platero y yo, XLVI.

Juan Ramón Jiménez.

Jugábamos con Platero
y con el pícaro loro
en el huerto de mi amigo,
médico, francés y docto;
desordenada y ansiosa,
cuesta abajo hasta nosotros
llegó una mujer aún joven,
preguntando con ahogo:
- Zeñorito: ¿ejtá ahí el médico?

Unos chiquillos astrosos
iban corriendo tras ella
mirando atrás de reojo;
al fin venían unos hombres
que traían lívido a otro.
Era un cazador furtivo
de los que van por el coto
de Doñana, tras venados,
y traía el brazo roto
porque la absurda escopeta
había estallado de pronto.

Mi amigo vino al momento
y se acercó cariñoso
y lavándole la herida
le reconocía absorto
y diciendo:

- Ce n'est rien... -

ponía su mano en el hombro.

Iba cayendo la tarde;
venía el aire oloroso
y de Huelva nos traía
de marisma y brea un soplo...
los naranjos al poniente

daban sus hilos verdosos.

En la lila, lila y verde,
iba el loro, verde y rojo,
curioseándolo todo
con sus ojitos redondos.

Al cazador malherido
le iban llorando los ojos;
y de vez en vez gritaba.
- Ce n'est rien - decía el loro.

Mi amigo le iba poniendo
gasas con amor y arrobo...
¡Aaay! ¡Aaay! - El pobre hombre.

Y entre las lilas el loro:
- Ce n'est rien. Ajh... Ce n'est rien.
Y el hombre miraba al loro.

* * *

XLVII. Anochecer

"iqué poesía cobra
la adivinación de lo lejano..."
Platero y yo, XLVII.
Juan Ramón Jiménez.

Sereno recogimiento
el del ocaso en el pueblo,
iqué poesía se adivina
en los confusos recuerdos!
El pueblo está ensimismado
en un solo pensamiento.

Un olor a grano limpio
en las eras de los cerros,
mientras los hombres coplean
su cansancio soñoliento.
En los zaguanes las viudas
van recordando a sus muertos
que duermen tras los corrales;
los niños corren inquietos
saltando de sombra en sombra
como pájaros en vuelo.

Por entre el fulgor ombrío
que el farol torna bermejo
pasan siluetas terrosas,
tal vez un mendigo nuevo,
algún portugués de paso,
acaso un ladrón inquieto,
que contrastan con la paz
del ocaso malva y lento.
Los chiquillos se distancian
y en un sombrío misterio
se habla de hombres que sacan
el unto a los niños tiernos
para que la hija del rey
cure de su miasma hético.

XLVIII. El Rocío

"...mansamente tirado
por dos grandes bueyes píos..."
Platero y yo, XLVIII.
Juan Ramón Jiménez.

Platero - le sugerí
con voz de tierna plegaria -
esperemos las Carretas
que traen rumor de Doñana,
la frescura de las Madres
y el misterio de las Ánimas.

Me lo llevé, guapo y rico,
a piroppear muchachas
a la calle de la Fuente
en cuyas blancas fachadas
moría el sol de la tarde
en una cinta rosada.
Luego fuímos a los Hornos
para ver junto a su valla
el camino de los Llanos
por donde el Rocío trepaba.

Venían ya, cuesta arriba,
las Carretas con sus galas
y una suave llovizna
de una breve nube malva,
llovizna de los Rocíos,
sobre las viñas rodaba;
pero la gente sus ojos
al agua no levantaba.

Pasaron, primero, en burros,
en mulas bien ataviadas
y en caballos de crin trenza
las parejas ennoviadas,
ellos mostrándose alegres
y ellas dulces y gallardas.
El rico y vivo tropel
iba, venía y llegaba

en locura sin sentido.
Tras esa tropa arribaba
el carro de los borrachos
ruidoso, agrio y sin calma.
Y detrás de las carretas,
y como en lechos colgadas,
sentadas bajo el dosel
iban las morenas guapas
repicando panderetas
y chillando sevillanas.
Más caballos y más burros...
y detrás, seco y con calva,
el mayordomo venía
con su sombrero a la espalda
y con su vara de oro
en el estribo apoyada.
- Que viva la Virgen Pura!
- Y que viva la Sin Mancha!
Al fin, mansamente llega,
en amatista y en plata,
el Sin Pecado de siempre
en su carro blanco y grana
tirado por bueyes píos
que a obispos se asemejaban
con colorines y espejos
en los que el sol chispeaba.

Ya se escuchaba la música
entre el campaneo ahogada,
y el duro herir de los cascotes
herrados contra las lajas.

Platero dobló sus manos
como mujer en plegaria
y hábilmente arrodillado,
mostrando su garbo y gracia,
blando, humilde y consentido,
un romero semejaba.

XLIX. Gorriones

"¡Benditos pájaros,
sin fiesta!"
Platero y yo, XLIX.
Juan Ramón Jiménez.

Todos se han marchado a misa
la mañana de Santiago
que, guardada en algodón,
está nublada de blanco.
Con Platero y los gorriones
yo en el jardín me he quedado.

Bajo las redondas nubes
que a veces llueven regalos
cómo entran los gorriones
y salen del entramado
que forma la enredadera,
siempre chillando y piando!
Éste cae sobre una rama,
se va y la deja temblando;
el otro se bebe el cielo
que se refleja en un charco;
aquel salta a un tejadillo
de flores mustias colmado

¡Benditos los gorriones,
sin fiesta y sin calendario!
Nada les dicen a ellos,
si no es un encanto vago,
las campanas que a nosotros
nos dicen misa o rosario.
Sin olimpos que extasían,
sin avernos con sus diablos
que amedrenten como hacen
con los humanos esclavos;
sin más moral que la suya
ni más Dios que lo azulado,
ellos, los libres gorriones,
son mis más dulces hermanos.

Viajan siempre sin dinero
sin maletas y sin fardos;
se van si se les antoja,
presumen dónde un regato,
presienten dónde una fronda,
ignoran lunes y sábado;
sólo con abrir sus alas
se sienten afortunados;
se bañan a todas horas
en cualquier pequeño charco;
aman el amor sin nombre,
el amor cósmico y casto.
Y cuando las pobres gentes
se van a misa cerrando
sus puertas y sus ventanas,
ellos, sin ritos ni fastos,
se llegan a los jardines
de los hogares cerrados
y hallarán algún poeta
y algún cariñoso asno
- ¿te quieres juntar conmigo? -
que los miran con agrado.

* * *

L. Idilio de noviembre

"Una fría dulzura malva
 lo nimba todo"
 Platero y yo, L.
 Juan Ramón Jiménez.

Platero vuelve del campo
 cuando ya ha anochecido;
 trayéndonos para el horno
 su blanda carga de pino,
 y él casi desaparece
 bajo el ramaje rendido.
 Su paso es menudo y corto
 como de artista de circo
 cuando va sobre el alambre,
 juguetón y en equilibrio.
 Parece que no camina,
 con las orejas en vilo,
 es igual que un caracol
 bajo su concha escondido.

El ramaje, verde aún,
 que antes estuvo erguido
 y tuvo en su seno al sol,
 los chamarices esquivos,
 la luna, el viento y los cuervos,
 hoy se encuentra aquí caído
 - ¡qué horror, Platero, qué horror! -
 las ramas por el camino
 barriendo este polvo blanco
 y arrastrando su destino.

Lo nimba todo esta tarde
 como un dulzor malva y frío.
 Y en el campo hacia diciembre,
 ese icono tan sencillo
 del burro humilde cargado
 viene a parecer divino...

LI. El Canario se muere

"Platero, ¿habrá un paraíso
de los pájaros?"
Platero y yo, LI.
Juan Ramón Jiménez.

Hoy, Platero, ha amanecido
muerto en su jaula de plata
el canario de los niños,
que viejo y enfermo andaba...

El último invierno ya
lo pasó casi sin ganas,
con la cabeza escondida,
sin cantar a las mañanas.
Y al entrar la primavera
cuando el sol ajardinaba
a las estancias abiertas
y las rosas saludaban,
él quiso también brillar
y cantó con voz asmática
quebradiza y sin calor
como de flauta cascada.

Viéndolo yerto en su jaula
el niño que lo cuidaba
se ha apresurado lloroso
a decir sorbiendo lágrimas:
- Puej no l'a faltao ná,
nila comida ni el agua.

Pues se ha muerto porque sí
y no le ha faltado nada,
según Campoamor diría,
canario con vieja alma.

Plateo, ¿habrá un paraíso
para estas almas cándidas,
encima del cielo azul
un vergel de rosas áureas
donde los pájaros vengan
a depositar sus almas?

Oye, Platero, a la noche
con la luna llena y pálida
bajaremos al jardín
que parecerá una llama
y los niños y nosotros
acompañados de Blanca
enterramos al cantor
junto al gran rosal de plata.

Y luego a la primavera
saldrá de una rosa blanca
el pájaro cantarín,
y habrá por el aire alas
errando en el sol de abril
invisibles y encantadas,
y un reguero de oro puro
de resonantes tonadas.

* * *

LII. Los Fuegos

"...como un sauce de sangre
que gotease flores de luz."

Platero y yo, LII.

Juan Ramón Jiménez.

Por las noches de setiembre
bajo la brisa suave
nos íbamos al cabezo
detrás de la casa grande,
a sentir el pueblo en fiesta
desde aquella paz fragante
que amanaba de los nardos
plantados en el estanque.
Pioza, el guarda de las viñas,
sin sentir rubor de nadie,
borracho sobre la era,
su caracol sin cansarse
tocaba cara a la luna
luminosa y fascinante.

Tras enanos estampidos,
los fuegos quemaban tarde;
subían cohetes sin cola
que abrían en un alarde
igual que un ojo estrellado
que viese por un instante
el campo rojo y azul;
otros abrían como un sauce
que se doblara de espaldas
y su desnudez de sangre
como una doncella herida,
flores de luz gotease.
¡Oh, pavos reales ardiendo,
qué claras rosas de aire,
y por jardines de estrellas
qué enardecidos faisanes.

Platero a cada estallido,
y al espacio iluminarse,
se estremecía morado,

azul y rojo granate
y su sombra se agrandaba
en el fulgor vacilante;
sus enormes ojos negros
me miraban expectantes.

Entre todo el griterío,
al final, como remate,
subía al cielo estrellado
en un fastuoso alarde
la corona del castillo
giradora y rutilante,
poseedora del trueno
que hace los ojos cerrarse
y zumbar a los oídos
y a las mujeres taparse.
Platero entonces huía,
pretendiendo camuflarse,
rebuznando enloquecido
cual si el diablo lo llevase.

* * *

LIII. El Racimo olvidado

"Platero llevaba la merienda
y los sombreros de las niñas."

Platero y yo, LIII.

Juan Ramón Jiménez.

Tras las lluvias del octubre
a las viñas todos fuímos.
Platero con la merienda
y los gorros de los niños
puestos en un cobujón
del pequeño seroncillo;
el otro de contrapeso,
tierna y rosa cual idilio
llevaba a Blanca, la perra,
como una bola de armiño.

Con arroyos rebosantes,
iqué encanto el del campo limpio!
las tierras ya roturadas
con los chopos de amarillo;
se veían muchos pájaros
y entre ellos a los mirlos.

De pronto gritan las niñas:
¡Un raciimo! ¡Un raciimo!

Era en una cepa vieja
con sarmientos renegridos,
donde entre carmíneas hojas
aparecía el racimo
que el sol picante encendía
sano y ámbar en su brillo.
¡Todos querían cogerlo!
Victoria al fin con un brinco,
lo cogió y guardó en su espalda;
yo con un gesto expresivo
le pedí que me lo diera
y ella dócil a su instinto
de niña que va a mujer
me lo cedió con cariño.

Sólo eran cinco uvas
que repartí entre los niños;
le dí una a Victoria
por su confianza conmigo,
y a Pepa, a Lola y a Blanca,
y entre risa y regocijos
dí la última a Platero
que él cogió con el hocico.

* * *

LIV. Noche pura

"El norte silencioso acaricia,
vivo, con su pura agudeza."

Platero y yo, LIV.
Juan Ramón Jiménez.

Sobre el cielo azul y alegre,
hoy gélido y con estrellas,
se recortan secamente
almenadas azoteas.
El norte en silencio vivo
acaricia en su agudeza.

Todos creen que tienen frío
y en sus hogares se encierran.
Nosotros, Platero, vamos
despacio, en la noche negra,
tú con tu lana y mi manta,
yo con mi alma serena,
por el pueblo solitario
y limpio como patena.

¡Qué fuerza de adentro saco
como una torre de piedra
tosca con remate en plata,
y con qué fuerza me eleva!
¡Mira cuánta estrella hay!
De tantas que son marean.
Se diría que hoy el cielo
le está rezando a la tierra
un encendido rosario
de avemarías y perlas.

¡Platero mío, Platero!
¡Yo toda mi vida diera
y anhelara que la tuya
también entregar quisieras
por esta noche de enero
de dura y clara pureza!

LV. El Alba

"Platero, harto de dormir,
rebuzna largamente."
Platero y yo, LV.
Juan Ramón Jiménez.

En las lentas madrugadas
de los helados inviernos,
llegan las rosas del alba
y el gallo las ve el primero
y las saluda galante,
y harto de dormir, Platero
rebuzna muy largamente
para dar gracias al cielo
por el dulce despertar
a la luz del día nuevo;
yo también pienso en el sol
desde mi mullido lecho.

Pienso en qué habría ocurrido
con el pobre de Platero
si en vez de estar en mis manos
de poeta lastimero,
hubiese caído en otras;
en las de algún carbonero
de los que aún de noche van
por las escarchas y yelos
de caminos solitarios
a robar pino a los cerros,
o en las de un gitano astroso
de esos que les dan arsénico
o les ponen alfileres
para que se aguanten tiesos.

Platero otra vez rebuzna.
¿Tal vez sabrá que en él pienso?
¿Sabrá que me importa tanto?
En la ternura del lecho,
tanto como el alba misma
me es grato su recuerdo.
Y gracias a Dios, él tiene

con abundancia de pienso
una cuadra tibia y blanda
igual que mi pensamiento.

* * *

LVI. Navidad

"...luego el humo apretado,
blanco como armiño..."
Platero y yo, LVI.
Juan Ramón Jiménez.

Es tarde de Nochebuena
¡Y la candela en el campo!
En un cielo crudo y gris
se clarea un sol opaco
y un mágico amarillor
por poniente es un desmayo.
De pronto salta un crujido
y luego un humo apretado
que entre las ramas verdosas
parece armiño asustado;
la llama, al fin, limpia el humo
y puebla el aire de abrazos.

¡Oh, las llamas en el viento!
Lenguas que se han desbocado;
espíritus amarillos,
malvas, azules, rosados
que se pierden no sé dónde
taladrando un cielo bajo;
¡y dejan olor de ascuas
una vez que se han marchado!
¡Campo tibio de diciembre
y de invierno encariñado!
¡Navidad de los felices!
¡Nochebuena de lo mágico!

Las jaras se descomponen
cuando sienten el abrazo
que, como errante cristal,
les llega del aire cálido.
Y los niños del casero,
pobres y tristes muchachos
que no tienen Nacimiento,
a calentarse las manos
vienen junto a la candela

y echan en las brasas tallos
y bellotas y castañas
que revientan asustando.

Y se alegran luego, y saltan
sobre las ascuas cantando:
"*...Camina la Virgen Pura...*"

Y yo a Platero les traigo
para que jueguen con él
mientras que siguen soñando.

* * *

LVII. El Invierno

"...se le cae la nueva flor
brillante, como su alma..."

Platero y yo, LVII.

Juan Ramón Jiménez.

Un palacio de cristal,
la casa del Dios celeste;
Platero, quiero decirte
sencillamente que llueve.
Llueve. Y las últimas flores
que el otoño hizo prenderse
a sus ramas ya cansadas,
con diamantes se embellecen.
En cada diamante, un cielo,
y un Dios que en él eternece
en palacio de cristal.
Mira esta rosa que tiene
dentro otra rosa de agua,
y al sacudirla la pierde;
se le cae la nueva flor
y es como si perdiese
el alma, y se queda mustia,
igual que a mí me acontece.

Y eso debe ser que el agua
es igual que el sol de alegre.
Mira si no cómo corren
los niños, y con qué dengue
bajo ella, piernas al aire,
rojos y orondos mofletes.
Ve cómo los gorriones
con bullanguero deleite
se entran todos en la yedra,
su escuela, según sostiene
tu buen médico, Darbón.

No vamos al campo. Llueve.
Hoy es día de mirar.
Mira el agua diligente
al caer por los canales.

Mira cómo hacen su higiene
las acacias negras ya
y desnudas estos meses.
El barquito de los niños,
ayer anclado y yacente,
hoy corre por la cuneta
con un júbilo evidente.
Mira ahora, en este sol
instantáneo e indigente,
cuan bello es el arco iris
que desde la iglesia viene
con irisaciones vagas
y a nuestro lado se muere.

* * *

LVIII. Idilio de abril

"...aquella nube fugaz
que veló el prado verde..."

Platero y yo, LVIII.

Juan Ramón Jiménez.

Al arroyo de los chopos
fueron Platero y los niños
y ahora lo traen trotando
entre juegos sin sentido
y risas exageradas,
con su carga de jacintos.

Aquella nube fugaz
que el prado veló con hilos
dorados y plateados,
y que acunaba en su brillo
un arco iris temblón,
al final les ha llovido.
Y sobre la tierna lana
empapada del pollino
las flores, aún mojadas,
gotean sobre el camino.

Alegre y sentimental
se muestra este fresco idilio.

¡El rebuzno de Platero
se enternece compasivo!
Va volviendo la cabeza
a la carga con ahínco
y tanta flor como puede
arranca con su mordisco.
Campanillas níveas, albas,
le cuelgan por el hocico,
hasta que logra guardarlas
entre su lomo y su cincho.
¡Quién pudiera, como tú,
Platero, comer jacintos
sin que le sentaran mal,
ni correr otros peligros!

Tarde equívoca de abril!...

Platero en sus ojos vivos
copia la hora de sol,
en cuyo ocaso tranquilo
sobre el campo de San Juan
se ven descender los hilos
de otra nube que no puede
contener su vientre herido.

* * *

LIX. Libertad

"¡Pobre concierto inocente,
tan cerca del mal corazón!"

Platero y yo, LIX.
Juan Ramón Jiménez.

Por las flores del camino
iba mi atención perdida,
cuando la captó de lleno
un pajarillo que abría
sin cesar su preso vuelo
sobre el prado que lucía
el verdor y la frescura
de una fuentecilla umbría,
donde traidores muchachos
una red puesta tenían.
Nos acercamos despacio,
yo delante iba de guía
y detrás de mí Platero
sin querer perder mi pista.
El reclamillo con pena
sobre el cindel se movía
y a sus hermanos del cielo
sin querer los atraía.

Era pura la mañana
que de celeste vestía;
el manso viento marero
que en las copas se mecía,
con un concierto de trinos
jugaba y se entretenía
en el vecino pinar,
de donde el rumor venía.
¡Pobre concierto inocente
tan cerca de la desdicha!

Obligándole a trotar
monté en Platero con prisa
para subir al pinar
de donde el canto vanía;
y en llegando presuroso

bajo la cúpula umbría,
batí palmas y grité,
y Platero que me oía
contagiado rebuznaba
cada vez con más porfía;
como en el fondo de un pozo
los ecos nos respondían.
Los pájaros se marcharon
a otro pinar con su orgía.

Platero entre maldiciones
lejanas, pero continuas,
de los chiquillos violentos,
rozaba con alegría
su cabezota peluda
contra mis secas costillas
dándome, jovial, las gracias
con esa zalamaría.

* * *

LX. La Muerte

"...en su cama de paja,
blandos los ojos y tristes..."

Platero y yo, LX.

Juan Ramón Jiménez.

Encontré a Platero echado
en su camada de paja,
blandos los ojos y tristes
con la mirada apagada.
Lo acaricié lastimoso
pidiéndole que se alzara.

Se removió y quedó quieto
con su mano arrodillada...
No podía con su cuerpo;
lo tendí sobre su cama
y lo acaricié de nuevo
con una tierna mirada;
mandé venir a su médico,
el de boca desdentada.

Darbón, así que lo vio,
con cara congestionada
meciéndola sobre el pecho
andaba sin decir nada.
- No es nada bueno, ¿verdad?

No sé que contestó... Nada.
Que el asno infeliz se iba...
Que no sé qué raíz mala...
que la tierra entre la yerba...

Al mediodía espiraba;
su barriga de algodón
como el mundo estaba hinchada,
y se elevaban al cielo
sus patas tías y pálidas.
Su pelo rizado y gris
era estopa apolillada
como en las muñecas viejas

si la mano se les pasa
en polvorienta tristeza
y pierden toda su gracia.

Una bella mariposa,
en silencio por la cuadra,
con su pesadumbre acuestas
sola revoloteaba
y encendía sus colores
cada vez que atravesaba
aquel rayillo de sol
que entraba por la ventana.

* * *

LXI. Nostalgia

"Platero, tú nos ves,
¿verdad?"

Platero y yo, LXI.
Juan Ramón Jiménez.

¿Verdad, Platero, que tú
ahora nos sigues viendo?
¿Verdad que ves cómo ríe,
fría en la noria del huerto,
el agua clara y en paz,
sabiendo que tú no has muerto?
¿Ves cuál vuelan las abejas
afanosas, sin sosiego
y doradas por el sol
alrededor del romero?

¿Verdad, Platero, que ves
cabalgar por el repecho
de la Fuentecilla vieja
los borriquillos del pueblo
cansados, tristes y cojos
en el esplendor perfecto
de la pureza que une
a la tierra con el cielo?

¿Verdad, Platero, que tú
ahora nos sigues viendo?

¿Verdad que ves a los niños
entre las jaras corriendo,
con sus ramajes en flor
que hierven como hormiguero
de mariposillas blancas
goteadas de bermejo?

¿Verdad, Platero, que tú
ahora nos sigues viendo?

Sí, tú me ves. Y yo oigo,
en el poniente sereno

endulzando todo el valle
tu rebuzno lastimero...
Y me encuentro consolado
sabiendo que tú no has muerto.

* * *

LXII. El Borriquete

"A veces se suben
en el borriquete sin alma..."
Platero y yo, LXII.
Juan Ramón Jiménez.

En el borriquete puse
bocado, ronzal y silla
del pobrecillo Platero,
y todo lo llevé arriba
al rincón en el granero
donde están casi perdidas
las viejas y solas cunas
olvidadas de las niñas.
El granero es silencioso
y con atmósfera tibia.
Desde él se ve todo el campo:
el Molino en una orilla
a la izquierda de Moguer,
y, con su enlucida ermita,
enfrente Montemayor,
entre pinos escondida;
tras de la iglesia se ve
el huertito de la Piña;
y por el poniente, el mar
que al estío siempre brilla.

Por vacaciones los niños
juegan allí con las sillas
haciendo coches de tiro,
teatros y fantasías
con periódicos pintados
de almagra y de poesía.

A veces suben y arrear
al borriquete sin vida
y con un jaleo inquieto
lleno de zalamarías
por el prado de sus sueños

van tirando de las bridas:
¡Arre, Platerillo, arre!

Y él, desde el cielo, los mira.

* * *

LXIII. Melancolía

"Platero, dime:
¿te acuerdas aún de mí?"
Platero y yo, LXIII.
Juan Ramón Jiménez.

A la tumba de Platero
hemos ido con los niños,
en el huerto de la Piña,
junto al tronco del gran pino;
en torno, abril ha adornado
la tierra con grandes lirios.

Los chamarices cantaban
en la cúpula del pino,
verde, pintada de azul
por el cénit, y su trino
menudo, tibio y reidor
se iba en el aire mecido
como un sueño de amor nuevo
en atardecer florido.

A medida que llegaban
se silenciaban los niños,
y serios me preguntaban
con sus ojos en los míos
esas preguntas ansiosas
que me pregunto yo mismo.

Y le dije yo a la tierra:
- Yo pienso, Platero amigo,
que estás ahora en un prado
del cielo, y están contigo,
sobre tu lomo peludo,
todos los ángeles niños,
¿me habrás, quizá, olvidado?
Respóndeme, Platerillo.

Y respondiendo a mi ruego,
tan blanca como el armiño,
una leve mariposa

que antes no había visto,
igual que si fuese un alma,
volaba de lirio en lirio...

* * *

A Platero, en el cielo de Moguer

Dulce Platero trotón, burrillo mío, que llevaste mi alma tantas veces - isólo mi alma! - por aquellos hondos caminos de nopales, de malvas y de madre selvas: a ti, este libro que habla de ti, ahora que puedes entenderlo.

Va a tu alma, que ya paze en el Paraíso, por el alma de nuestros paisajes moguerenos, que también habrá subido al cielo con la tuya; lleva montada en su lomo de papel a mi alma, que, caminando entre zarzas en flor a su ascensión, se hace más buena, más pacífica, más pura cada día.

Sí. Yo sé que, a la caída de la tarde, cuando entre las oropéndolas y los azahares, llego, lento y pensativo por el naranjal solitario, al pino que arrulla tu muerte, tú, Platero, feliz en tu prado de rosas eternas, me verás detenerme ante los lirios amarillos que ha brotado tu descompuesto corazón.

JRJ.

* * *

A JRJ, en el cielo de todos los hombres.

"a ti, este libro que habla de ti,
ahora que puedes entenderlo."

Platero y yo.
Juan Ramón Jiménez.

Tierno amigo Juan Ramón,
acudo a darte las gracias
por dejarme entrar en ti
y usar tus mismas palabras.

Este libro es para ti,
como una grata plegaria
que te quiero dedicar
porque son tuyas las galas.

Tu alma desde Moguer,
en Puerto Rico o España,
desde un cielo universal
acogerá con bonanza
la intención con que lo hago
y la emoción que me embarga.

Tú has hecho que Platero
sea mi amigo del alma
alzando lo que nos une
más que lo que nos separa
a un hombre de un borriquillo
que también tiene su magia.

Es por eso, Juan Ramón,
que acudo a darte las gracias
y no sé hacerlo mejor,
sino usando tus palabras.

JPM.

* * *